

—LO QUE TE ESTOY INTENTANDO DECIR... —el señor Cañete, Cañete para los amigos y don Manuel para los empleados, carraspeó varias veces antes de inflarse de valor para soltar la frase que llevaba quince minutos evitando— es que... tenemos que despedirte.

Sacó un arrugado pañuelo del bolsillo de su aún más arrugada chaqueta de poliéster barato y se limpió la frente sudorosa y enrojecida evitando establecer contacto visual con la persona que tenía enfrente. Es decir, conmigo. Yo también evité mirarle, incómoda y avergonzada. Aunque ya debería estar más que acostumbrada a sufrir aquella situación (a que me despidieran), en este caso no me había hecho todavía a la idea. Busqué un entretenimiento alternativo y me dediqué a pasear la mirada por el despacho del señor Cañete, director general y propietario de Jabones y Vaselinas, S. L.®, como si cada grieta de sus amarillentas paredes fuese una obra de arte susceptible de ser analizada con detenimiento.

—Lo siento —volvió a decir él con dificultad—. En Jabones y Vaselinas, S. L.® valoramos de verdad a la gente trabajadora. —No añadió «como tú». Pero estamos en una encrucijada. Nuestro más importante cliente, Almacenes Martínez, nos ha amenazado con no volver a hacer un pedido si no colocamos aquí a su sobrino. Y ya sabes lo importante que es para esta empresa el pedido mensual de jabones de los Almacenes Martínez.

Yo no dije nada. Total, ¿para qué?

—Para ti no es tan grave —siguió él con tono lastimero—. De verdad. Aún eres joven y no tienes responsabilidades. En cambio, tus compañeros...

Dejó la frase sin terminar esperando que fuese yo misma la que decidiese qué tipo de responsabilidades tenían mis compañeros que yo no compartiese. Pero por mucho que pensé no se me ocurrió nada más que responsabilidades del tipo de:

a) deudas de juego,

b) créditos personales para financiar sus coches con grandes maleteros, y

c) más créditos para financiar su cuenta en el bar.

—Sé que esto es muy duro para ti. Pero nosotros pensamos y vivimos para el jabón: de glicerina, de rosas, con miel, de jalea real...

—Don Manuel se levantó de su mesa y comenzó a sacar jabones de aquí y de allá, y a extenderlos sobre su mesa ya repleta de papeles—.

Tenemos que hacer todo lo posible para seguir adelante con el negocio. Estamos a punto de sacar una importantísima novedad...

—Hizo una pequeña pausa abrumado por la emoción—. El jabón sin espuma, especial para los alérgicos a la espuma, y necesitamos todo el apoyo de nuestra red comercial. Y si eso implica tener que

contratar a un batería de música *heavy* en paro para llevar la contabilidad de nuestra empresa, pues lo hacemos. Lo entiendes, ¿verdad?

—me imploró con sus ojillos de pulga—. No podemos pararnos por un problemita sin importancia. Miles de consumidores que odian la espuma están esperando que salga al mercado un producto

como éste, la panacea de...

Asentí, distraída. Lo único que quería era terminar de una vez con aquella entrevista y salir corriendo a esconderme en mi sitio.

Aun así, tuve que quedarme diez minutos más a escuchar la disertación del señor Cañete sobre los hábitos de consumo en limpieza del español medio y los traumas terribles que había provocado la espuma

en la niñez de mucha gente. Yo podría haberle explicado traumas aún más terribles, como los relacionados con las coles de Bruselas y los vestidos de nido de abeja, pero decidí abstenerme.

—Necesitamos que abandones tu puesto en quince días —le oí decir de repente.

Levanté la vista, temerosa de encontrarme con su mirada, pero el señor Cañete estaba ya concentrado en remover enérgicamente las carpetas de su mesa y cambiar las montañas de papeles de lugar, dejando bien claro (por si no me había quedado) que la reunión había terminado y no quería volver a saber nada más de mí. Supuse que el director general de Jabones y Vaselinas, S. L.® había logrado concentrar en aquellas ocho palabras dos frases de despedida. Era un hombre a favor de la economía de medios. En silencio, me levanté y salí del despacho sin decir ni una palabra. De hecho, no había dicho ni mu durante la media hora que había estado allí, pero, seguramente, mi jefe no se había dado cuenta de ello. Recorrí los pasillos de la fábrica mal iluminados con la luz temblorosa de viejos fluorescentes y decorados con carteles publicitarios de los años setenta de las distintas marcas de jabón: Bellabón, Mielbón, Jalebón, Vasebón... Era curioso cómo habían logrado dar el mismo aire casposo y decadente a cada rincón de Jabones y Vaselinas, S. L.®. Como si hubieran querido mantener intacto el espíritu de la España de Pajares y Estesos.

Pasé por delante de varios despachos, donde mis compañeros fumaban ilegalmente como descosidos mientras dejaban pasar el tiempo entre formulario y formulario de pedido. Hasta que llegué a mi sitio: un cuarto pequeño, sin ventana y repleto de carpetas y papeles, y me senté a pensar en lo que había pasado.

Aquello era terrible.

Más que terrible: era un desastre. Pero también tenía que reconocer que había una pequeña parte de mí que estaba aliviada. Aclarando: aliviada de no tener que volver a trabajar en aquella empresa aburrida y destartalada. Y también de no tener que volver a respirar aquel ambiente cargado de olor a glicerina, papel viejo y humo de cigarro. No había fumado un cigarro en mi vida. Y aunque me hubiera apetecido, nunca me habría atrevido a hacerlo. Seguro que el fino olfato telescópico de mi madre lo hubiera detectado y me habría dado una conferencia-paliza de dos horas de duración sobre

lo mal visto que estaba que una mujer joven y soltera fumara. Y sobre todo, lo poco atractivo que es a los ojos de un joven varón en edad casadera. No pude evitar soltar un bufido para mí. Mi madre era una ingenua si se pensaba que en los albores del siglo XXI existía todavía una especie denominada «joven varón en edad casadera». O que, en el hipotético caso de que yo fumara, ésa fuera una razón para que los chicos pasaran de mí. Si me hubiera dejado explicarle por qué a mi edad aún seguía solterita y sin compromiso yo podría haberle hecho una lista mucho más larga y detallada sobre el asunto: empezando por mi don para la palabra (nulo) y mi encanto personal (escaso), y terminando por mis habilidades manuales (inexistentes), mi autoestima (bastante baja) y mi fondo de armario (miserable, por no decir terriblemente deslucido). El sueldo de una contable de medio pelo en una empresa de jabones no daba para mucho y menos aún para comprar ropa bonita y de buena calidad. En cambio, era la situación ideal para comprar a plazos ropa horrible tipo saco.

Abandoné todos aquellos pensamientos y traté de concentrarme en mi problema actual. Una vez más en lo que iba de año estaba en la calle y en la tremenda tesitura de tener que volver a la Oficina de Trabajo Temporal a solicitar otro puesto de trabajo a Valentina. ¡Estupendo! Me preguntaba qué sería lo que me diría esta vez. Probablemente, la propietaria de Fast Workers ETT me mandaría a Alpedrete, a la porra y a tomar viento, por ese orden. Suspiré, frustrada, y hundí la cabeza entre los hombros. Había algo que me agobiaba mucho más que pedir trabajo a Valentina y era tener que explicarle a mi madre que me había vuelto a quedar en la calle. ¡Y encima por culpa de un batería de música *heavy*! Si iba a ser difícil explicarle lo del trabajo, mucho peor iba a ser tener que aclararle qué era la música *heavy*.

Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies. Intenté reprimirlo de alguna forma. Al menos durante un rato más tenía a mis amigas, las facturas pendientes, y a mis grandes conocidos, los cheques sin fondo. Cosas mucho más agradables en las que pensar.

Pero no conseguí apagar las alarmas que sonaban en mi cerebro.

A media mañana, la noticia de que un batería de música *heavy* iba a convertirse en el nuevo contable de Jabones y Vaselinas, S. L.® corrió entre los empleados como la espuma, lo que no sentó nada bien al señor Cañete, que llevaba más de dos semanas aleccionándonos para que nos sumergiésemos en el nuevo espíritu de la compañía y nos olvidásemos de que alguna vez existió una cosa llamada espuma. Gómez y Fernández, de Suministros, organizaron una porra sobre las posibilidades de que un *heavy* descerebrado hundiera el negocio. Los de almacén mandaron urgentemente al chico de los recados a la FNAC a comprar el último disco de Metallica. Las chicas de fábrica se aprendieron de memoria la letra de *Still lovin'you* a dos voces. Y la señorita Argumosa, la secretaria septuagenaria de don Manuel, decidió que ya iba siendo hora de deshacerse del tirante moño que llevaba desde hacía más de treinta años y adaptarse a los nuevos tiempos que corrían en Jabones y Vaselinas, S. L.®. La nueva noticia había sido acogida por mis compañeros con más alegría de la habitual, no por la novedad de tener un contable tan inusual e incompetente, sino porque cualquier excusa era buena para no hacer ni el huevo. Aunque si no hubiera sido por el *heavy* habría sido por cualquier otra razón. El calor que hacía en Madrid aquel verano también hubiera sido una vía de escape.

Curiosamente (o no tan curiosamente), ninguno de ellos se dio cuenta de que la llegada del nuevo contable supondría mi despido. O si lo supusieron, ninguno vino a decirme que lo sentía mucho. Tampoco me invitaron a participar en la porra.

Estaba acostumbrada. Tras dos meses trabajando allí apenas había intercambiado tres frases seguidas con alguno de ellos. Después de algunas semanas deduje que aquello podía deberse al hecho de que, desde que llegué, no sólo empecé a trabajar a mi hora en punto, sino a que, además, hacía mi trabajo a tiempo y sin errores. Lo mío no era perder el tiempo leyendo el periódico en comuna mientras mascullaba insultos contra el gobierno de turno. Tampoco

me pasaba las horas mirando el reloj, contando los segundos, mientras gruñía como ellos: «Un minuto más, un minuto más y me largo». Y lo más grave de todo, nunca tenía un cigarro encima cuando me lo pedían. Ni en ninguna otra ocasión.

No era culpa mía. Simplemente, es que no me salía.

Siempre me había gustado hacer las cosas a su tiempo y bien, así como llegar puntual a los sitios y ceder mi asiento en el metro a los que lo necesitaban más. Y parecía ser que todo aquello estaba totalmente en contra de la Política de Empleados de Jabones y Vaselinas, S. L.®. O eso me dijeron Gómez y Fernández un día que me arrinconaron en mi despacho. Me explicaron que mi actitud eficiente y trabajadora estaba poniendo en peligro no sólo el puesto de trabajo de mis compañeros, sino el mío propio, al saltarme a la torera las normas no escritas de compañerismo. Hacer demasiado bien las cosas, me explicaron, aceleraba la cadena de producción de Jabones y Vaselinas, S. L.® y ponía en evidencia los errores de gestión de don Manuel. Sobre todo, en el caso de la producción de jabones. Si en la fábrica se producían jabones al ritmo de una empresa eficaz, el consejo de administración se daría cuenta rápidamente de que no había demanda ni mercado suficiente para absorber la amplia variedad de marcas que se producían. Y entonces, pasaría lo peor. Es decir, descubrirían que la verdadera fuente de ingresos venía de otro lado, de un lado mucho más oscuro y siniestro del que nadie quería hablar. Sobre todo, don Manuel. Se enterarían de que la fuente de ingresos de Jabones y Vaselinas, S. L.® procedía de un departamento que no se podía nombrar...

Un departamento sobre el que, aunque existía, todos procuraban aparentar que era una leyenda urbana... La vergüenza de Jabones y Vaselinas, S. L.®... La oveja negra de don Manuel... El Denostado Departamento X (DDX).

Es decir, el departamento que se encargaba de la producción de la segunda parte del nombre de la empresa. Las vaselinas.

No me llevó mucho tiempo descubrir a qué se dedicaba el Denos-

tado Departamento X o el DDX, a pesar de que nadie hablaba mucho de ello en la fábrica. Por no decir nada. Como tampoco me llevó mucho tiempo darme cuenta de que era todo un éxito y la parte más rentable de la compañía. Para algo era la contable. Y es que el DDX obtenía suficientes beneficios como para sacar adelante un negocio en franca decadencia. Porque, efectivamente, por muchas novedades que don Manuel intentara introducir en el negocio familiar de jabones, eran las vaselinas que producía el DDX las únicas que lograban venderse como churros en un mercado donde la reciente moda de salir del armario las había puesto en el candelero. Pero de eso nunca se hablaba allí. De hecho, si hubiera estado en sus manos, don Manuel habría cambiado el nombre en el registro y la empresa se hubiera llamado Jabones, S. L.®. Pero la agencia de publicidad de la compañía no lo aconsejaba. Decía que Jabones, S. L.® era un nombre muy poco comercial y, en cambio, Jabones y Vaselinas, S. L.® era el nombre de una empresa moderna e internacional.

Así estaba la cosa.

Aunque todo el futuro del negocio, su dueño y sus empleados pasasen por las vaselinas con sabores (de fresa, chocolate, avellana y guacamole), las vaselinas ultrasuaves, las vaselinas *light* con 0% de grasas, las vaselinas con fórmula renovada B-82 y la gran innovación del 2010, la vaselina con aroma de mejorana con partículas iridiscuentes que brillaban en la oscuridad («Para tus noches más locas», se podía leer en el envase)..., era un trauma reconocer que tu éxito dependía de un producto tan poco propio para una empresa familiar, tradicional y de toda la vida como Jabones y..., ejem, Vaselinas, S. L.®.

Yo intenté integrarme como pude. Es decir, no mencioné para nada las vaselinas en las pocas conversaciones que tuve con los demás. También aflojé un poco el ritmo de trabajo y me las apañé para cometer unos cuantos errores. Pero nunca eran suficientes: mis informes no estaban llenos de los suficientes surcos de tazas de café, no me salían los insultos sobre los clientes de manera fluida,

mis papeles reposaban en las bandejas y no por los suelos y en mi despacho se podía respirar sin la ayuda de una botella de oxígeno. Además, me costaba un esfuerzo tremendo mantener una conversación sobre nada en particular con gente a la que apenas conocía y con la que tenía tan poco en común. Las relaciones sociales nunca habían sido lo mío. La consecuencia no se hizo esperar mucho. Mis compañeros terminaron por excluirme de sus conversaciones, de la lectura comunitaria del *Hola* y del resto de actividades sociales que tanto éxito tenían en Jabones y Vaselinas, S. L.[®]*

Me sentía sola e incomprendida.

Pero todo esto no eran razones para pensar que Jabones y Vaselinas, S. L.[®] era un antro de perversión y sus empleados una panda de incompetentes degenerados. En realidad, era una empresa como cualquier otra empresa española. Es decir, un antro de perversión repleto de empleados incompetentes y degenerados. Y yo una extraña entre ellos.

Hasta que conocí a Lupe.

El encargado del Denostado Departamento X. Un ser tan extraño y excluido en Jabones y Vaselinas, S. L.[®] como yo.

Lupe era un sabio perteneciente a la categoría de sabio prototípico, de bata blanca, cabeza brillante cual bola de billar (a excepción de cuatro mechones de pelo blanco en punta) y ademanes tímidos. Un científico callado, de mirada dispersa y andares hoscos. ¿Cómo había encontrado valor para hablar con un tipo así aquella primera vez? Aún más, ¿cómo había tenido valor para adentrarme en el departamento más denostado de la empresa después de las cosas que se iban contando por ahí (cosas relacionadas con ollas gigantes de líquido hirviendo, cepas de bacterias peligrosas y proveedores

* Actividades como criticar al gobierno constantemente, insultar al comité de administración, a don Manuel y los jefes de departamento (por este orden), mofarse de los clientes que llamaban para molestar a la hora de los coloquios matutinos y jugar al *strip-cinquillo*.

que vestían con boas de plumas rosas)? Quizá fue movida por la curiosidad. O quizá fue porque no tuve más remedio que entregar unos informes y nadie se ofreció a hacerlo por mí. El caso es que reuní todo el valor que pude y me lancé de cabeza al Denostado Departamento X. Aquel día un mundo nuevo se abrió ante mí: el Mundo de las Vaselinas. Pero no las vaselinas tal y como el común de los mortales piensa que son. No. El DDX era mucho más que la simple producción de vaselinas. Era un centro de investigación serio y riguroso dedicado concienzudamente a la creación de fórmulas mejoradas y eficaces del producto en cuestión. Un laboratorio de alta tecnología dirigido por Lupe, un eminente doctor en Química y Biología Cuántica con un único fin en la vida: descubrir la panacea de las vaselinas. La vaselina de las vaselinas. La madre de todas las vaselinas. Pero hasta que ese momento llegara, Lupe se pasaba la vida buscando fórmulas supermejoradas. Y yo me convertí en el mejor testigo de sus esfuerzos. Desde aquel primer día que entré temerosa en su laboratorio y volqué un par de cubetas de brillantina a causa de los nervios, Lupe y yo trabamos una relación de amistad. Aunque cualquiera nos hubiera podido confundir con un maestro y su discípulo. En cuanto Lupe comenzó a explicarme qué era lo que se hacía en el Denostado Departamento X y sus objetivos en la vida, no pude por menos que caer hechizada ante el embrujo de las vaselinas. Además, Lupe podía ser un sabio despistado tímido, callado y retraído (por no decir asocial), pero en cuanto la palabra *vaselina* apareció en mis labios se abrió como una flor. Era maravilloso. Por fin tenía alguien con quien hablar en Jabones y Vaselinas, S. L.®. Aunque sólo fuera de vaselinas (tema emocionante, pero no muy amplio). Y Lupe también parecía encantado de tener, después de tantos años, un oyente atento y dispuesto a aprender. Alguien que no le condenara al ostracismo sólo porque dirigía un departamento denostado e innombrable. Con el paso de las semanas mis visitas al Denostado Departamento X se multiplicaron, así como mi interés por sus investigaciones e, incluso, había sido una sugerencia mía la

que había desencadenado el importantísimo proyecto en el que Lupe estaba sumergido en aquellos momentos. Un lanzamiento supersecreto y tremendamente confidencial que podría revolucionar el mercado de las vaselinas hasta límites nunca vistos.

La vaselina con bífidus activo.

Pero mi implicación en aquella importante revolución había terminado. Tenía que decirle a Lupe que me habían despedido y que ya nunca más podríamos terminar aquel proyecto juntos. Además, necesitaba desahogarme con alguien, y Lupe era la única persona dispuesta a escucharme. Por algo era un científico comprensivo y atento (todo lo contrario que muchos de los científicos que había por ahí). Así que a media mañana me encaminé silenciosamente hacia el final del pasillo donde estaba la puerta siempre cerrada a cal y canto del Denostado Departamento X. Entré sin llamar y atravesé la habitación entre los cientos de cajas de cartón que la atestaban.

El Denostado Departamento X estaba situado en una nave pequeña al fondo del edificio. Era oscuro y olía a una mezcla entre un restaurante mexicano, una pizzería y la sección de ofertas de detergente del Carrefour. Pero no era la guarida tenebrosa y parecida al Averno que me habían descrito al principio los demás empleados. Tan sólo era un pequeño laboratorio donde había cubetas y más cubetas con ingredientes para fabricar vaselinas, tubos de ensayo y una cinta rústica de envasado. Lupe pululaba entre las mesas, cuentagotas en mano, añadiendo una gota de aroma de cilantro por aquí, un poco de brillantina por allá o, simplemente, apuntando fórmulas que sólo él comprendía en una pequeña pizarra. Cuando no trabajaba en sus mezclas, se sentaba a una ruinoso mesa llena a rebozar de formularios de pedidos, catálogos de aromaterapia y publicaciones atrasadas del American Institute of Vaseline Affairs.

—Buenos días, Lupe —saludé después de cerrar rápidamente la puerta tras de mí.

Lupe estaba al final del laboratorio, inclinado sobre uno de sus microscopios. Levantó una mano a modo de saludo.

—Ven, ven. —Me hizo una seña sin apartar la mirada del aparato para que me acercara—. Tienes que ver esto. ¿Te acuerdas de aquella cepa de *Lactobacillus acidophilus* que dejé la semana pasada en la vaselina? —No esperó a que le contestara—. El resultado es impresionante. La mezcla ha amalgamado perfectamente. Es mucho mejor de lo que pensaba. Había dudado entre éste y el *Bifidobacterium bifidum*, como ya sabes. Pero creo que hicimos lo correcto. Creo que si seguimos así en unos meses podremos lanzar la nueva vaselina con bífidus activo. —Había emoción apenas contenida en sus palabras.

—Es fantástico —asentí, intentando parecer tan entusiasmada como él. Pero la actuación no era lo mío.

Lupe levantó la vista de la muestra con una sonrisa, pero al ver mi cara, su expresión cambió rápidamente.

—¿Ha pasado algo?

Asentí, pero no dije nada más. Llegado el momento no sabía cómo empezar y, lo que era peor aún, las lágrimas que hasta aquel instante no habían hecho acto de presencia habían decidido manifestarse. Lupe me hizo una seña para que le siguiera hasta su mesa y me acercó una desvencijada silla de madera. Se sentó frente a mí, serio y circunspecto, mientras yo rebuscaba en mis bolsillos un pañuelo de papel.

—Cuéntame qué ha pasado —pidió.

Tomé aire varias veces y miré al techo para que él no se diera cuenta de que tenía enfrente a una mujer a punto de montar un espectáculo melodramático. Y no hay nada peor para un científico de la categoría de Lupe que eso. Porque para algunas cosas los científicos son muy arrojados y eficientes, pero para otras...

Guardé silencio hasta que conseguí recomponerme, y unos segundos después las palabras comenzaron a fluir solas:

—Esta mañana don Manuel me ha llamado a su despacho a primera hora...

Lupe no me dejó continuar.

—¡Lo sabía! —Dio un puñetazo sobre su mesa y varios números

de *Le Monde et Le Vaseline* cayeron al suelo—. Se ha enterado de lo del bífido y de que fue una idea tuya. Si te digo que en esta empresa estamos condenados al fracaso...

Negué con la cabeza, pero no dije nada más.

—¿No habrás vuelto a cometer un fiasco con las cuentas de mi departamento? —insistió él—. Ya te he dicho muchas veces, Laura, que no me importa que falsifiques los informes de ventas. Llevo muchos años en Jabones y Vaselinas, S. L.® para saber cómo funcionan las cosas aquí. Si don Manuel te ha dicho que repartas los beneficios de mi departamento entre los otros, pues lo haces y punto. Sé de sobra que quiere encubrir mis éxitos a los accionistas, que se avergüenza de mi trabajo, de nuestro trabajo y...

—No, no ha sido eso —le interrumpí con un hilo de voz.

—¿Entonces? Porque no entiendo nada. Don Manuel no tiene ninguna razón para echarte la bronca. Tú haces muy bien tu trabajo, mejor que toda esa panda de patéticos que hay detrás de la puerta y, además, sabes más de vaselinas que todos —añadió como si aquello fuera suficiente para que me nombraran empleada del mes y me dieran acciones de la compañía.

—No, no he hecho nada malo. Sólo es, sólo es...

Busqué las palabras adecuadas. Una cosa era saber que me habían despedido y otra bien distinta reconocerlo delante de Lupe. Lupe, que era la única persona en el mundo que tenía una buena opinión de mí. Aunque fuera equivocada. Levanté la vista y afronté la mirada inquisitiva (de científico) de mi amigo. Tenía que decírselo.

—Don Manuel me ha despedido. —Concluí la frase con un suspiro mientras trataba de contener la avalancha de lágrimas.

Lupe abrió los ojos como platos.

—¿Qué?! —exclamó—. ¿Estás de broma, verdad?

Volví a negar con la cabeza, y entonces me eché a llorar sin poder contenerme. Lupe estrujó, nervioso, algunos formularios de pedido, y estoy segura de que, de haber tenido más pelo, se lo hubiera mesado como una viuda siciliana.

—Es increíble. —Se levantó nervioso y comenzó a dar enérgicos paseos por el despacho. Sus gritos subían y bajaban de intensidad—. ¡No puedo más con esta empresa! ¡Voy a denunciarlos a la Asociación de Científicos Amantes de la Droguería y la Perfumería! ¿Por qué, por qué y por qué? ¿Por qué hacerlo todo mal si se puede hacer peor? ¿Por qué ganar dinero cuando se puede cerrar todos los años a cero? ¿Por qué tener empleados eficaces y listos cuando se puede mantener a un puñado de incompetentes pervertidos chupasangre?

No contesté. Era demasiado joven e inexperta como para tener respuestas a complicadas preguntas sobre gestión empresarial. Don Manuel me había dado razones para mi despido, pero yo no tenía muy claro si entraban dentro de lo que simplemente llamamos estrategia empresarial, o eran razones más bien tomadas al buen tuntún.

—Esto es lo mismo que pasó en el ochenta y tres —dijo Lupe de repente.

—¿En el ochenta y tres?

—Sí. En el ochenta y tres yo tenía un ayudante. Un tipo listo y espabilado, amante de las vaselinas. Una noche, después de muchos experimentos, dimos con una fórmula magistral. Mi ayudante pensó que sería una buena idea añadir unas gotas de bergamota y aceite de cacao a la mezcla. El resultado fue un éxito. A pesar de que estábamos en plena movida madrileña, la vaselina no tenía el éxito que tiene ahora, pero aun así, logramos vender más de dos mil unidades en tres meses.

—¡Vaya! ¿Y qué pasó después? —pregunté, olvidándome momentáneamente de mis problemas.

—Pues que le despidieron.

Miré a Lupe horrorizada, incapaz de creer tanta crueldad. Él asintió gravemente.

—Sí, don Manuel convenció al comité de administración de que no era bueno que la empresa cogiera fama de vender vaselina. Que eso no era bueno para el negocio, que la sociedad se iba a poner en nuestra contra y ¡qué sé yo cuántas sandeces más!

—Y entonces, ¿tu ayudante se tuvo que ir?

Lupe asintió con cara entristecida.

—Era un buen chaval. Un tipo listo. Hubiera llegado lejos en la investigación experimental de vaselinas.

—¿Y sabes algo de él?

—Ni idea —respondió, cabizbajo, y luego elevó la mirada hasta el punto más alto del techo—. A veces me gusta pensar que se fue fuera de España, no sé, a Ámsterdam, y que montó su propio laboratorio. Un laboratorio puntero en la fabricación de vaselinas.

No dije nada. Bajé la cabeza y la apoyé en las palmas de mis manos.

—Contigo van a hacer lo mismo. Tú eres como mi antiguo ayudante. Inteligente, emprendedora..., la mejor contable que hemos tenido en años. —Me sonrojé hasta la punta del dedo meñique izquierdo. No estaba acostumbrada a recibir semejantes piropos y menos aún de un hombre. Pero Lupe no se dio cuenta y siguió con su discurso—. ¿Y qué hacen? Simplemente, despedirte. A la calle. ¿Y por qué? —Se calló bruscamente y se volvió para mirarme. Se había dado cuenta de que no sabía la respuesta—. ¿Por qué te despiden?

Tragué saliva. Había llegado el momento de dar la noticia bomba. Al estar Lupe condenado al ostracismo en Jabones y Vaselinas, S. L.® era poco probable que las noticias hubieran llegado a él.

—El de Almacenes Martínez ha dicho que retirarán el pedido si no contratamos a su sobrino... —Hice una pausa, insegura de cómo se iba a tomar Lupe la noticia—. Un batería de música *heavy* —terminé, esbozando una tímida sonrisa, pero Lupe, incapaz de ver chiste por ningún lado, me estaba mirando con terror en los ojos. Se me congeló el proyecto de sonrisa—. Es cierto, Lupe —le aseguré, intentando sonar convincente.

—¿Un batería? —se limitó él a preguntar, intentando controlar un tic nervioso en su ojo derecho. Asentí.

—¿De música *heavy*?

Volví a asentir.

—¿De contable?

Repetí el gesto.

—¿Y tiene experiencia?

Le indiqué que no lo sabía.

—¿Sabe algo de vaselinas? —inquirió enfurecido, dejando bien claro con su puño que aquélla podía ser la gota que colmase el vaso.

—Puede que sí —intenté apaciguarle.

Lupe suspiró y se volvió a sentar.

—Puede que sepa de vaselinas, con esa gente nunca se sabe, pero seguro que no tiene ni idea sobre lo cambiado que está el mercado. Y seguro que tampoco sabe sobre cifras de ventas ni aprecia las innovaciones como tú —concluyó, señalando los microscopios del laboratorio.

Asentí, emocionada. Había que tener una sensibilidad especial para apreciar el trabajo que se hacía en el Denostado Departamento X. Dudaba mucho de que un batería de música *heavy* la tuviera y pudiera apreciar las inquietudes de Lupe. O los diferentes tipos de vaselina, aparte de la básica y, quizá, la de guacamole. Pero entre nosotros, dudaba mucho más de que el sobrino del de los Almacenes Martínez supiera hacer la *o* con un canuto. Claro que no dije nada de aquello a Lupe. Bastante hecho polvo estaba.

—Quizá yo pueda hacer algo...—sugirió.

Pero ambos sabíamos que no era posible. Nadie podía hacer nada por mí en Jabones y Vaselinas, S. L.® y mucho menos Lupe, quien ya tenía bastante con pelear todos los días por sus vaselinas con don Manuel. La decisión había sido tomada, y nada, nada, nada, ni tan siquiera un éxito sin precedentes de la vaselina con bífidos, cambiaría el futuro. Yo tendría que irme de la empresa y un melendo sería el nuevo contable.

—Déjalo, Lupe —le pedí—. Lo único que vas a conseguir con eso es que don Manuel se enfade contigo y tome represalias contra la vaselina con bífidos.

Él me miró, desafiante.

—No me importa. Hablaré con él.

—Por favor, no lo hagas —insistí.

Me levanté presurosa para irme. Había metido la pata visitándolo. Lo único que iba a conseguir al final era forzar a Lupe a discutir con don Manuel por mí. Y poner en peligro el proyecto de la vaselina con bífidus. La vida continuaba y yo no podía poner en peligro algo de tanta importancia sin estar, además, segura de querer trabajar por mucho más tiempo en la empresa.

—Prométemelo.

Lupe pareció resistirse, pero yo no me rendí.

—Por favor, Lupe.

—Está bien —farfulló.

—Gracias.

Lupe asintió, pero no dijo más; los ojos enrojecidos por lo que parecían lágrimas de rabia. Me di la vuelta y le dejé solo, sumergido en sus pensamientos.

Hay momentos en la vida en los que un hombre necesita estar solo. Y más si es un científico.

A las tres de por finalizada mi jornada laboral. Recogí mis cosas, apagué los fluorescentes y atravesé los corrillos de empleados oyendo los cotilleos sobre el nuevo fichaje:

—Dicen que lleva años sin cortarse el pelo, a imagen y semejanza de su ídolo Rosendo —estaba comentando Gómez mientras las chicas de fábrica le escuchaban con los ojos bien abiertos.

—Y que sólo va de negro —añadió Fernández, intentando hacer ver que él también tenía información privilegiada.

—Yo creo que esta decisión es muy importante para nuestra empresa —decía la señorita Argumosa a quien quisiera escucharla—. Así demostraremos que en este sector Jabones y Vaselina, S. L.® va siempre por delante de los demás en política de contratación de empleados.

—¡Y no sólo en productos novedosos! —apuntó otro.

Y ante este último comentario, todos los empleados se pusieron a hablar entusiasmados del nuevo proyecto del jabón sin espuma y de cómo iban a cambiar las cosas en su pequeño mundo. Ante ellos se abría un futuro prometedor en el que Jabones y Vaselinas, S. L.® se configuraba como una empresa puntera en el mercado de los jabones, con productos revolucionarios que ofrecer a los consumidores y empleados de larga melena y tatuados con calaveras. Eso, sin mencionar los fantásticos ordenadores que, seguramente, la empresa adquiriría para que los trabajadores tuvieran que trabajar menos. Aunque todavía no estaban informatizados, los empleados de don Manuel habían oído hablar de las maravillosas excusas que proporcionaban los equipos técnicos. Excusas como «perdone, pero no podemos atenderle ahora porque se ha caído el sistema» o «llámenos mañana, el técnico de informática está reseteando el servidor».

Pasé de largo murmurando un adiós. Pero todos estaban demasiado ocupados repitiendo frases como «lo siento, se nos ha borrado el disco duro» y ensayando tonos para decir «es que estamos haciendo un *backup*». En la calle hacía un calor horroroso. Aquel verano Madrid había sido galardonado con una ola de calor sin precedentes. Avancé trabajosamente calle arriba, intentando resguardarme de los implacables rayos de sol. Algo difícil en un polígono industrial donde los árboles y la vegetación brillaban por su ausencia.

La sede de Jabones y Vaselinas, S. L.® estaba situada en una pequeña calle en la periferia de Madrid, muy lejos de cualquier lugar remotamente civilizado y más lejos aún de cualquier lugar remotamente bonito. Sólo un ciego optimista o un agente inmobiliario de los que últimamente poblaban la ciudad como setas podía describirlo como un renaciente polígono industrial. Cada mañana, cuando atravesaba el lugar, yo intentaba echarle imaginación al asunto. Pero había que estar, además, borracho de whisky para conseguir ver algo más que cajas de cartón rotas y restos de peras pochadas por todas partes. Eso sin contar a los camioneros. Abandoné mis pensamien-

tos (sobre todo, los concernientes a los camioneros) y me concentré en subir la pendiente que llevaba hasta el metro. También me concentré en desear con todas mis fuerzas que el trasero no me pesara tanto. Pero ni una cosa ni otra: ni logré subir la cuesta con algo de dignidad ni me convertí en la mujer elegante y estilizada que quería ser. Al fin, con mucho esfuerzo, alcancé el punto más alto y enfilé por la calle principal. A mi alrededor todo estaba desierto y abandonado. Normal, era agosto. El metro estaba a tan sólo tres manzanas más y no tardé en zambullirme en el interior con un alivio inusitado. Inusitado porque tenía una relación de amor-odio con el metro. Era el medio de transporte más rápido y eficaz que conocía, pero era asqueroso. Afortunadamente tenía un libro conmigo y todavía no habían decidido prescindir del aire acondicionado.

Me senté en uno de los vagones, abrí mi libro y todo desapareció a mi alrededor. Incluidas las preocupaciones.

La sede de Fast Workers ETT estaba situada en las inmediaciones de la calle Ponzano. Daba igual la hora que fuera, estaba segura de que Valentina estaría allí dando buena cuenta de un bocadillo de jamón. Las ganancias no daban tanto como para comer fuera. Y menos, en el distrito de Chamberí, donde los empresarios de hostelería se habían propuesto convertir Madrid en una ciudad tan europea (y tan cara) como París o Londres. Doblé la esquina y di unos golpes cansinos en el escaparate de la oficina de Valentina. Fast Workers ETT estaba situada en un pequeño local a pie de calle. Una oficina llena a rebosar de papeles y viejas fotografías de bancos de imágenes en las que se podía ver a jóvenes sanos, atractivos y bien vestidos que cerraban contratos con altos ejecutivos de pelo canoso y trajes de Armani. Nada que ver conmigo o con la realidad.

Tuve que esperar siglos en la calle hasta que Valentina, sumergida en una revista femenina y en su bocata, se diera cuenta de mi presencia a través del cristal. Me abrió la puerta sin decir ni pío. Puede que ya se imaginara por qué estaba allí o puede que no hubiese terminado de masticar el enorme trozo de chapata que se había

metido apresuradamente en la boca. A menudo me preguntaba cómo conseguía estar tan delgada a pesar de meterse aquellas tremendas raciones de grasa en el cuerpo. Yo, en cambio, engordaba simplemente con respirar, algo que no dejaba de recordarme mi madre, totalmente empeñada en que hiciera dieta eterna y que respirara mucho menos de lo que ya lo hacía.

Agradecí entrar en el local. Al menos allí había aire acondicionado. Eché un vistazo al interior para comprobar que nada había cambiado. Fast Workers ETT seguía siendo tan sólo un pequeño cuchitril amueblado con muebles baratos de IKEA, un ficus medio pocho, con montones de colillas manchadas de pintalabios asomando a través de la tierra de la maceta, y miles de currículums de ingenieros con tres idiomas dispuestos a trabajar como suplentes con contratos de medio pelo. Me deprimí más. Todos aquellos currículums pertenecían a jóvenes mucho más inteligentes, mucho mejor preparados, probablemente mucho más guapos y con muchos más títulos universitarios de los que yo podría sacarme en la vida. Cogí un currículum cualquiera mientras Valentina seguía tratando de tragarse y lo leí por encima con cierta envidia:

Raúl Gómez Paldo. 30 años.

Ingeniero superior en Telecomunicaciones, titulado por la Universidad Politécnica de Madrid en 1998. Doctorado por la Universidad Técnica de Múnich en 1999 en Telecomunicaciones Espaciales Avanzadas y satélites de órbitas geoestacionarias.

Cursillo posgrado en Florida de especialización en satélites de órbitas elípticas excéntricas.

Idiomas: Inglés nivel alto, titulado con el Oxford Certificate. Francés nivel medio. Alemán escrito y hablado nivel alto, titulado en la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid.

Experiencia laboral: Desde 1997 participa en el proyecto europeo espacial para mejorar las telecomunicaciones del satélite EuropeStar 1.

Etcétera, etcétera, etcétera.

Estaba claro que si había algún puesto libre como chico de las fotocopias, repartidor de correo o como encargado del café en una multinacional sería para el tal Raúl y no para una perdedora como yo. Si no hubiera sido por mi amistad con Valentina ni tan siquiera podría haber optado por el puesto de contable en una empresa tan casposa como Jabones y Vaselinas, S. L.®. Ese puesto estaba predestinado a un titulado superior en Economía Internacional con dominio de cuatro idiomas y un máster MBA lo más caro y absurdo posible. Y ahora estaba destinado al batería de un grupo *heavy*.

Así estaban las cosas en la España de comienzos del siglo XXI.

Así estaban las cosas en mi vida.

Y yo me estaba empezando a dar cuenta de que iba a ser imposible reaccionar. Con un sencillo título de Secretariado Internacional no podía optar a nada más que a:

- a) casarme,
- b) quedarme embarazada,
- c) reponer los estantes del Ahorramás, o
- d) las tres cosas a la vez.

Si al menos hubiera sido medianamente atractiva podría haber trabajado en Zara haciendo turnos inhumanos, aguantando a clientes impertinentes y cobrando seiscientos euros al mes (como todas las chicas guapas, delgadas y sin una clara vocación que poblaban Madrid). Pero todo eso eran sueños inalcanzables y nada más que eso. Si ya era duro encontrar un puesto de trabajo siendo un ingeniero doctorado en Telecomunicaciones, encontrar un trabajo con un vulgar título de Secretariado Internacional era una labor casi imposible. Pero en mi currículum no había mucho más. Eso, y mi paso por el Colegio de la Sagrada Orden del Perpetuo Socorro. El nombre perfecto para un colegio de monjas para «señoritas bien» situado en un edificio siniestro y oscuro regentado por una orden de monjas más siniestras y oscuras aún. Tan siniestras eran las monjas

de la Sagrada Orden del Perpetuo Socorro que sólo nos dejaban subrayar los párrafos de la Biblia que incluían las palabras *castigo*, *juicio final*, *castidad*, *justicia divina* y *lavativa*. En los exámenes de biología, cuando el tema era el aparato reproductor, nos aprobaban sólo con presentarnos, para así no tener que pasar por el trance de explicarnos nada sobre la reproducción humana. Eran terribles, terribles..., tan terribles que hasta los padres lo pasaban fatal cuando tenían que ir a reclamar cualquier injusticia para con sus hijas. Como en aquella ocasión en la que la madre de María Gallardo fue a protestar porque la hermana Perversidad* se había ido de la raya con la batuta de madera. La hermana Perversidad respondió no sólo increpándola por tener una hija tan inepta, sino que, además, le hizo un examen completo sobre los libros de la Biblia. Examen que la madre de María Gallardo suspendió para vergüenza de toda su familia. Estuvo tres meses yendo a clases de Religión para Torpes. Tres meses en los que la madre de María Gallardo tuvo que pasarse horas recitando los libros de la Biblia.

—Génesis, Éxodo, Números, Deuteronomio, José, Jueces, Ruth...

En general, yo había sacado bastantes buenas notas en el colegio y me gustaba estudiar. Pero cuando terminé el COU, la situación económica de mi casa no era muy boyante y estudiar una carrera no entraba en los planes de mi madre. Contribuir a la economía familiar con mi sueldo sí. Aunque si hubiera sido por ella, me habría quedado en casa esperando a que sucediera algún tipo de milagro que me garantizara no sólo comida y alojamiento de por vida, sino también abrigos de zorro plateado (*puaggg*), collares de perlas (horror) y vacaciones en Menorca (bueno). Pero, sinceramente, era mucho más fácil que me tocara una quiniela de quince. Tras mucho discutir, mi madre llegó a la conclusión de que la escuela de secretarías era la salida

* En realidad, se llamaba Natividad. Un nombre tan inapropiado para una monja de su calibre como Paz o Inocencia.

correcta para una chica de mi posición, un trabajo de despacho cómodo y sencillo. Tres años más tarde salí de allí con un título de Secretariado Internacional que certificaba que escribía más de 250 palabras por minuto y hablaba correctamente el inglés, y otro en Contabilidad que certificaba mis conocimientos numéricos.

Y entonces, llegó el momento de enfrentarse a la dura y triste realidad.

Es decir, a las Empresas de Trabajo Temporal.

Las ETT.

Treinta años después de salir de una dictadura y de aprobar una Constitución democrática que defendiese la libertad, la igualdad y los derechos de todos los ciudadanos españoles independientemente de su sexo, edad o raza, nacieron las ETT. No es que las ETT vulnerasen los derechos de libertad e igualdad de los españoles. Para ellas todo el mundo era libre de ser explotado como los demás. Pero a cambio vulneraban otros como el derecho a la dignidad, a las vacaciones pagadas y a las pausas justificadas para el café. Eso por no hablar de los sueldos miserables, los contratos eventuales, la ausencia de vacaciones y las largas horas extras sin pagar que vendían como grandes oportunidades de empleo. Al igual que toda una generación tuvo que entrar en el juego de las ETT como único medio para conseguir un puesto de trabajo y sufragar mis pequeños gastos. Porque de comprar un piso ni hablábamos. Tal y como estaba la vivienda sólo los inversionistas millonarios, los mafiosos y los políticos (valga la redundancia), podían meterse en esos gastos. El resto de los madrileños teníamos que buscarnos otras alternativas. Como dejar de ser madrileños, por ejemplo, y hacernos de Ribatejada del Fresno. De todas formas, yo tenía que darme con un canto en los dientes. Al menos me había topado con Valentina y nos habíamos hecho amigos de alguna extraña forma. Porque el hecho de que Valentina regentase una ETT no era una razón suficiente para odiarla. A pesar de cómo me estaba mirando en aquel mismo instante.

—Espero que no vengas hasta aquí a lo que creo que vienes

—me dijo a modo de saludo cuando logró tragar el último trozo de su bocadillo de chapata.

Sacó un *kleenex* del bolso y se limpió de migas las comisuras de los labios mientras yo trataba de controlar mis nervios y los rugidos de hambre de mi estómago. Pero no pude ocultárselo por mucho más tiempo.

—Sí, vengo a lo que crees que vengo —confesé, avergonzada.

Busqué en la oficina un lugar donde posar mi mirada. Un sitio que estuviera lo más lejos posible de la mirada enfurruñada de la directora, única empleada y propietaria de Fast Workers. Sabía que Valentina se enfadaría. Era predecible. Era la cuarta vez en lo que iba de año que acudía a la oficina a decirle que me habían despedido.

—Laura, Laura, Laura... —suspiró con forzada paciencia—. Cuatro trabajos en un año. ¿Quién te crees que soy? ¿La beneficencia? ¿Qué ha sido esta vez? ¡No! —Levantó la mano para impedir que hablara—. No me digas nada. Me sé de sobra tus excusas. Que si los demás tienen varias carreras y tú no, que si los demás han ido al extranjero y tú no, que si los demás llevan faldas más cortas y tú no... Mira, Laura, no sé qué voy a hacer contigo. Eres lista, responsable, práctica, tienes capacidad... y ganas. Muchas más ganas que la gente que suele venir a verme. Y eso no se estudia en ninguna carrera. Pero si tú no te lo crees, ¿cómo se lo van a creer los demás? Si tú no demuestras que vales, nadie creerá que vales, y cuando haya que despedir a alguien, adivina quién será la primera.

—No, no es eso —le interrumpí—. Esta vez ha sido distinto. Esta vez han tenido que sustituirme.

—¿Sustituirte? ¡Vaya, eso es nuevo!

Se levantó y comenzó a meter, confusa, los papeles en archivadores. Supuse que estaba asimilando la información que le había dado y buscando una razón. La observé con una mezcla de temor y admiración. Temor porque Valentina era una mujer de carácter y nunca se andaba con chiquitas (sobre todo, conmigo). Y admiración, porque, a pesar de que tenía veinte años más que yo, vestía

mucho más juvenil y moderna. Lo que, seamos sinceros, tampoco era muy difícil. Sabía que Valentina debía andar por los cincuenta, pero no lo hubiera reconocido ni muerta. Estaba segura de que había sido muy atractiva en su juventud (y aún lo seguía siendo), con sus grandes ojos azules y sus pómulos prominentes. Admiré su figura larga y delgada con cierta envidia. Valentina era capaz de llevar con el mismo estilo un traje de chaqueta que un trapo harapiento. Todo le sentaba fenomenal, y ella lo sabía.

—¿Y qué has hecho para que decidan sustituirte? —preguntó, interrumpiendo mis pensamientos.

—Nada —me quejé.

—¿Nada?

—Nada. Te lo prometo.

—¿Entonces?

—Entonces... Don Manuel me ha dicho que tienen que contratar al sobrino del propietario de Almacenes Martínez si no quieren perder el pedido mensual. Y ya sabes lo importante que es ese pedido mensual para Jabones y Vaselinas, S. L.®...

La mirada de mi amiga se dulcificó.

—Lo siento —dijo al cabo de unos segundos.

—Es un batería de música *heavy* —aclaré.

—¡Estupendo! —exclamó, irónica—. Un batería de música *heavy* titulado en Contabilidad.

—No creo que esté titulado —añadí, hurgando más en la herida y sabiendo que era bastante seguro que aquel energúmeno no sólo no estuviese titulado en Contabilidad, sino que, además, sería incapaz de distinguir la vaselina con bífidos del resto de las vaselinas del mercado.

—¡Estupendo! —repitió ella.

Luché por contener las lágrimas. Una vez más.

—Lo siento mucho, Valentina. Lo siento mucho.

Estaba a punto de derrumbarme y no quería hacerlo. Valentina se dio cuenta.

—No es culpa tuya, cariño. —Posó su mano sobre mi cabeza—. Esta vez no es culpa tuya. Siento haber sido tan dura.

—Claro que es culpa mía —balbuceé, ya al borde de las lágrimas—. Soy bastante gafe. Da igual lo que haga. He nacido para que todo me salga mal o peor. Mírame, Valentina. Soy gafe total: tonta de remate, fea, tímida, incapaz de retener un puesto de trabajo...

—Exagerada... —me cortó ella con una sonrisa.

Pero yo ya no podía más, y de repente, no pude aguantar el llanto. Al fin y al cabo, mis lágrimas llevaban toda la mañana haciendo cola para salir al exterior. Prorrumpí en sollozos sobre la mesa de Valentina. Me sentía peor. Me sentía fatal. Horrible.

—¡Mírame, Valentina! Soy la persona más gris que conozco.

—A partir de hoy te llamaremos Cenicienta —añadió mi amiga.

Pero yo no estaba para bromas. Nada ni nadie me podía consolar. Si al menos fuera una persona diferente, con un físico diferente y una vida diferente... También podía esperar a que se me apareciera el diablo y venderle mi alma a cambio de no volver a experimentar aquella sensación de fracaso absoluta. Un helado de vainilla con nueces de macadamia de Haagen Dazs también podía servir.

—Tengo hambre. Necesito un helado —anuncié, sabiendo que era poco probable que lo del diablo funcionara con Valentina allí delante.

—Por supuesto —dijo Valentina y, de repente, sus ojos se iluminaron—. Qué buena idea! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Si conozco el sitio perfecto...

—¿Ah, sí? —pregunté, secándome las lágrimas.

—Es una heladería italiana fantástica que hay a la vuelta de la esquina. Hacen unos helados muy especiales.

—Con la suerte que tengo, seguro que me sienta mal.

—Mírame a mí: ayer me fui a las Vistillas, me tomé un vino y me supo a rayos.

Me enjuagué las lágrimas con un gesto. Los intentos de mi amiga por arrancarme una sonrisa obtuvieron su fruto, pero más la curiosidad por saber qué hacía Valentina en las Vistillas. Era la persona

menos castiza que conocía. En realidad, era la única persona que conocía que opinaba que había que reunir a todos los castizos que iban vestidos de chulapos y pegarles fuego. Iba a preguntarle qué hacía allí, pero ella cambió de tema rápidamente y se dedicó afanosamente a cerrar la oficina y echar el cierre. Caminamos codo con codo hacia la heladería italiana, la Heladería Matorelli. En el rótulo de la entrada se podía leer una misteriosa inscripción: HELADERÍA MATORELLI: GELATI RIPARATORI.

—¿*Gelati Riparatori*? —leí en voz alta, y luego me volví hacia Valentina—. ¿Qué significa eso?

—Ahora verás —respondió ella, levantando misteriosamente las cejas.

Afortunadamente, la Heladería Matorelli no sólo estaba abierta, sino que además tenía un enorme ventilador de techo puesto a toda máquina. En el interior no había ni una alma. Nos sentamos en la barra y disfrutamos en silencio del frescor. Pero cuando pasaron unos minutos más y nadie vino, Valentina comenzó a impacientarse.

—¡Hola! —comenzó a gritar mientras golpeaba el mostrador—. ¿Hay alguien ahí? ¡Queremos un helado!

Desde el interior de la puerta que daba a lo que parecía un almacén nos llegó el ruido de cajas siendo arrastradas, puertas que se cerraban con precipitación y un grito pronunciado con un extraño acento.

—*Vengo subito...*

Valentina se reclinó sobre su asiento y señaló la puerta con la cabeza:

—Es el señor Matorelli. Ahora saldrá. Ya verás lo que es capaz de hacer este hombre con los helados.

—¿Tan buenos están? —pregunté, relamiéndome sólo con la expectativa.

Si había algo en la vida que pudiera salvarme del cataclismo era un buen helado de vainilla. Eso, o teletransportarme a otra dimen-

sión. Una dimensión donde las chicas tímidas y regordetas fueran el ideal de belleza femenina.

—No sólo son buenos. —Valentina suspiró y miró al techo, extasiada—. No habrás probado helados italianos auténticos hasta que no pruebes los helados del señor Matorelli. Parece ser que la receta es una herencia familiar con siglos y siglos de tradición. Cuando el señor Matorelli emigró desde Italia trajo la receta consigo y la guarda celosamente hasta que el día de su muerte se la pueda susurrar a su descendencia.

Me relajé un poco más. La perspectiva de disfrutar de un banquete de helado italiano elaborado por un auténtico maestro italiano con una receta italiana milenaria era más que suficiente como para calmar un poco mis crispados nervios. Intenté olvidarme de mis penas mientras analizaba la carta detenidamente y trataba de decidirme entre helado de vainilla y helado de *stracciatella*.

—No sé si... —comencé a decir, pero no pude pronunciar ni una sola palabra más porque el señor Matorelli eligió ese instante para hacer acto de presencia.

Hasta el momento yo estaba completamente segura, al cien por cien, de que sería capaz de distinguir un auténtico heladero italiano del resto de los heladeros de otras procedencias. Me había equivocado. O el calor había hecho demasiada mella en mí. Porque el señor Matorelli no parecía tener nada de italiano a simple vista. Su baja estatura, sus ojos rasgados y su piel amarillenta lo clasificaban más bien en la categoría de orientales expertos en Pato Pekín.

—*Buon pomeriggio* —saludó ceremoniosamente en un italiano extraño mientras doblaba la rabadilla noventa grados y chupaba el suelo de la tienda.

—Buenas tardes, señor Matorelli. —Valentina le devolvió el saludo igual de ceremoniosa—. Espero no haberle molestado.

Yo asistía a este encuentro con los ojos como platos. Allí pasaba algo raro. O Valentina me había engañado con una patraña sobre italianos, o todos aquellos fracasos habían terminado por provocar

lo que tanto temía. Es decir, la locura transitoria. Me restregué los ojos varias veces. Pero nada cambió. El señor Matorelli seguía pareciendo el abuelo de Fu Manchú.

—La molestia *sel mía pol havel espelal*.

Ya podía decir Valentina lo que quisiera, pero a mí no me engañaba. Esa ausencia de la letra *r* dejaba bien claro que el señor Matorelli era bien chino. Me acerqué más a Valentina y la agarré de la manga.

—Pero ¡sí es chino! —le susurré al oído.

Ella se llevó el dedo a los labios para que me callara. Insistí.

—Es un chino que se hace pasar por heladero italiano. Y muy mal, por cierto. Si al menos llevara un gran bigote negro...

—Es un heladero italiano —repitió Valentina en voz baja.

—Pero chino...

—Nació en Italia: por tanto, es italiano.

—Ni siquiera sabe hablar bien italiano.

—No hace falta hablar italiano para ser italiano.

—Claro que sí —volví a insistir—. Además, éste no sólo no habla bien en italiano, sino que habla como un chino que sabe algo de italiano intentando hablar en castellano.

Valentina se volvió y me miró muy seria a los ojos.

—Pues yo te digo que es un italiano de raza asiática hablando en español.

—Pues tú dirás lo que quieras, pero yo pienso que...

Pero no dije nada más. Porque el señor Matorelli carraspeó, un tanto molesto por la expectación que estaba despertando y porque llevábamos más de cinco minutos discutiendo sobre él sin cortarnos un pelo.

—¿*Quelel* algo, *bambinas*?

Valentina se separó de mí con una mirada y un codazo de advertencia, y le sonrió:

—Disculpe, señor Matorelli. Mi amiga no se siente bien. Necesita de su ayuda.

El señor Matorelli me miró con ojos cargados de sabiduría. Sabiduría oriental, por mucho que Valentina lo intentara negar:

—*Entendel*. Helados *mejor* medicina. ¿Novio, tal vez?

Negué, horrorizada. Todavía no me había recuperado del *shock* de que un heladero italiano fuera chino como para, encima, tener que hablarle de mi ausencia de vida sentimental.

—Investigaciones *lecomiendan* helado de chocolate negro para *lupturas* —me explicó el señor Matorelli ignorando mi cara ruborizada—. *Funcional* en un noventa *pol* ciento de casos. Aunque también helado de chocolate con *cookies funcional*. Mis *lecetas sobre* helado de chocolate con *cookies* tienen más chocolate *pulo* que *lesto* de *lecetas* del *melcado*. Helado de chocolate bueno *pala luptulas*.

—Es por trabajo —admití antes de que siguiera explicándome los pormenores de las rupturas sentimentales, y yo tuviera que explicarle los pormenores de una vida dedicada a la abstinencia y la castidad.

El señor Matorelli hizo una mueca y se paró unos segundos.

—*Trabajo dal poblemas...*, sí..., entonces, *mejor*... —Hizo un gesto con la mano y se volvió para comprobar el listado de sabores. Nosotras le observamos en silencio, mientras musitaba para sí—: *Tutti flutti sel mejor pala poblemas* con *paleja* y/o hijos. *Stlacciatella* ayuda *inmejorable* cuando *habel poblemas* económicos... Menta, mmmmmmm..., menta *sel lemedio* auténtico *pala poblemas* con alcohol. ¡Ahhhh!... ¿*Yogul* con *fluta*? No, *yogul* con *fluta lemedio* para tos seca y *elupciones*. Puede que limón *velde fuele lemedio*, mmmmmmm..., no *estal* seguro. ¿*Y pela*? Mi *leceta* de helado de *pela* tiene vitaminas y mucha *fibla*... Tal vez...

—¿Y vainilla? —le interrumpí, preocupada porque nunca llegásemos a ese punto.

El señor Matorelli se volvió y clavó sus pupilas en las mías, muy serio. No le había hecho mucha gracia mi intervención.

—Estudios no *decil* nada *soble* vainilla —sentenció con severidad.

—Pero... es que a mí me gusta la vainilla —supliqué débilmente.

Aquel chino disfrazado de heladero italiano me estaba tomando el pelo sin cortarse ni uno. Al fin y al cabo, ¿para qué estaba yo allí? Yo sólo quería tomarme un helado y que me dejaran en paz. Pero como era oriental se había emperrado en soltarme un rollo filosófico incomprensible. Insistí en mi tema:

—La vainilla es mi sabor favorito.

El señor Matorelli suspiró con frustración y alzó las manos al cielo pidiendo paciencia a Buda o a quienquiera que pidan paciencia los italianos de origen chino o los chinos que viven en Italia.

—*Impoltante no sel sabol favolito. Impoltante sel alegial poblema de la bambina con gelato aplopiado. Juventud de hoy no sabe aplopiad la auténtica filosofía de gelato italiano. Sólo pleocupan de disdital. Siempre plisas, siempre plisas. Gelato italiano sel una folma de vida, lequiele su tiempo y el sabol adecuado...*

—¿Ein?

—Mira, Laura —cortó Valentina, viendo que el asunto se les escapaba de las manos y que, además, yo no me estaba enterando de nada en absoluto—: El señor Matorelli es un auténtico maestro italiano en helados con facultades reparadoras.

Me acordé del rótulo que habíamos visto en la entrada: GELATI RIPARATORI. ¡Ah! La cosa comenzaba a tener sentido. Valentina me explicó cómo la receta milenaria de la familia Matorelli había servido para solventar los problemas de reyes, príncipes y papas italianos desde hacía más de trescientos años. Parecía ser que la familia Matorelli era muy famosa en Italia por sus investigaciones en la cura de problemas de todo tipo a base de helados. Y cómo, con el paso de los años, habían perfeccionado sus recetas haciéndolas más sofisticadas y eficaces.

—El señor Matorelli es un maestro —concluyó.

—Yo *sel maestlo*, sí. —El señor Matorelli movió la cabeza apreciativamente—. *Glan Maestlo de Gelato*.

—Por eso te he traído aquí —siguió hablando Valentina—. En

el momento en que me contaste lo que te había pasado y mencionaste la palabra *helado* pensé en el señor Matorelli.

—*Sel* bueno en mi *tlabajo* —añadió el señor Matorelli, mirándome.

—Efectivamente —confirmó Valentina—. Cada vez que uno de mis chicos tiene problemas en encontrar un trabajo, yo le envío a la Heladería Matorelli...

—Y yo *dales* helado —siguió él—. No *encontlal tlabajo*, helado de nata con nueces el *mejol*. Aunque helado de melón *sel* bueno también.

—¿Y si te despiden? —logré preguntar, a pesar de que estaba entrando en un vórtice de incompreensión.

No sabía cómo tomarme aquello. ¿Realmente hablaban en serio? ¿O era todo parte de una broma absurda para hacerme olvidar mi vida fracasada? Pero el señor Matorelli seguía disertando sobre el tema con mucha seriedad.

—Investigación *lecomienda, clea*, helado de leche *melengada*.

—¿Y si te sustituyen por un batería de música *heavy*? —Era una pregunta trampa, por supuesto.

—Entonces, *lespuesta sel...*

Pero el señor Matorelli se quedó callado sin saber qué decir. ¡Ajajá! Eso era una prueba clara de que todo era una patraña. Pero, para mi sorpresa, el señor Matorelli me miró muy serio.

—¿Tu *decil batelia* música *heavy*?

Asentí. El heladero se sentó sobre un taburete y se masajeó, pensativo, la mandíbula. Valentina y yo le observamos, ella expectante y yo quisquillosa.

—Caso difícil *sel* —dijo al fin—. *Plimela* vez alguien *venil* con eso. *Pelo...* —arrancó de nuevo— yo *sel maestlo*. *Segulo encontlal* solución a *poblema* de *batelia* de música *heavy*. Sólo necesito *pensal*.

Y se volvió a sumergir en el silencio. De vez en cuando, se levantaba de su taburete y hojeaba un catálogo de sabores.

—*Batelia* música *heavy*... ¿Quién *decil* a mí? Quizá sensación *lidículo*

podel lesovel con helado de *calamelo*... No *estal segulo*. ¿Y falta de autoestima? Eso debe *sel glanizado* de *nalanja*. *Pelo*... no, imposible *sel*. Helado de *calamelo* y *glanizado* de *nalanja sel* incompatibles. *Habel otla* solución, *segulo*. —Y siguió rebuscando en su libro.

Apoyé los codos en la barra. No me gustaba nada el cariz que estaban tomando las cosas. Y mucho menos, que un chino italiano estuviera haciendo un análisis de mis problemas a base de ingredientes. Fuera aquello un truco malo o no.

—Angustia *sel* con *flesa* con *tlozos* de *flesa*, ansiedad *flesa* y nata, asma siempre pide *glanizado de hielbabuena*... —Parecía que el señor Matorelli había empezado a descartar cosas con el diccionario en mano.

—Se ha olvidado del asco —apunté en voz baja.

—Calla. —Valentina me dio otro codazo y se llevó el dedo a los labios—. Él necesita silencio para concentrarse.

La llevé a un aparte.

—Valentina, esto es ridículo y me está haciendo sentir peor. Es muy deprimente comprobar que no ha habido nunca un caso tan patético como el mío. Vámonos, por favor.

—Ni en sueños. No le podemos dejar así —dijo señalándole con la cabeza—. Si no consigue dar con una receta se pasará una semana sin dormir. Conozco esta situación; para él esto es un reto. Además, piensa que servirá para crear un nuevo tipo de helado, y cuando alguien vuelva a sentirse mal porque le han sustituido por un batería de música *heavy* el señor Matorelli ya sabrá qué helado es el mejor para consolarlo. —Le puse cara de incredulidad total. Si me estaba tomando el pelo no era el mejor momento para hacerlo. Pero Valentina seguía con lo suyo—. Fíjate, gracias a mí las divorciadas a las que su marido ha abandonado por la secretaria tienen su propio helado. El señor Matorelli se pasó tres horas investigando hasta que dio con una solución apropiada para ese problema, y eso que hasta el último momento no le dije que mi marido también se había llevado toda la pasta.

—¿Y qué se le ocurrió? ¿Qué fue lo que te dio?

—Granizado de carajillo.

—¡Estás de coña!

—Te lo digo en serio. Funcionó, y eso es lo único que importa. Necesitas al señor Matorelli. Tú hazme caso y quédate aquí calladita.

Refunfuñé un poco, pero volví a mi sitio obedientemente y me dediqué a observar las actividades del señor Matorelli. Parecía haber terminado de revisar todos sus listados de ingredientes y notas, y se había levantado a revisar el instrumental. De repente, sus rasgados ojillos se iluminaron y el señor Matorelli salió corriendo hacia el almacén.

—¿Qué pasa ahora?

Valentina se frotó las manos, satisfecha.

—Has tenido suerte. Parece que ya tiene una idea.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté, nerviosa.

Del interior del almacén provenían ruidos de cacharros, puertas que se abrían y cerraban y maldiciones en un extraño italiano.

—Ahora a esperar.

Y diciendo esto, Valentina sacó de su bolso un ejemplar de la revista *Hola* y se puso a leerlo tranquilamente ante mi desesperación.

—Yo *presento* a *bambinas* nueva novedad de Heladería Matorelli.

Dos horas después, el señor Matorelli salió del almacén portando un inmenso bol de acero inoxidable y con una gran sonrisa de satisfacción surcando su cara.

—El helado *clemoso* de *boulbon* doble Jack Daniel's.

—¿Lleva leche desnatada?

Fue lo único que logré que saliera de mis cuerdas vocales, aunque se me ocurrieron muchas cosas más. Cosas como, por ejemplo, por qué en España se tenía que recurrir siempre al alcohol para solucionar todos los problemas.

El señor Matorelli se paró en seco.

—¿Leche desnatada? ¡Qué *tontelía*! ¿Para qué *quelel* yo leche desnatada? Leche desnatada *desviltual obla* de *alte* como ésta.

—Ya, esto... —No sabía qué decir, lo que tampoco era raro. Me pasaba a menudo—. Bueno..., porque la leche desnatada no engorda tanto como la leche normal. Y ya que voy a ingerir unos cuantos litros de alcohol...

No terminé la frase. La miradas acusadoras de Valentina y el señor Matorelli eran demasiado acusadoras como para no tenerlas en cuenta.

—Juventud hoy en día —refunfuñó él—. Sólo *apaliencia*, no *impoltal* el *inteliol*. No *entendel pol qué tú pleocupada pol engoldal*. *Sel* chica bella, ojos *glandes*, buenas *folmas*.

—No se lo tenga en cuenta, señor Matorelli —intervino Valentina, conciliadora—. Es culpa de la televisión.

—Sí —dijo él mientras servía unas bolas de cremoso helado color marrón oscuro en una copa—. Yo no *entendel pol qué estal* todas obsesionadas *pol* adelgazar. Chicas italianas *sel* todas bellas, muy bellas... *Mujeles* italianas *sel* las más bellas del mundo *entelo* y no *estal* obsesionadas con *adelgazal*. Todas *tenel calne* en los huesos y *folmas* de *mujel* de *veldad*. Como mi *mujel*...

Y se sacó la cartera del delantal para enseñarnos orgulloso una fotografía tamaño carnet de su esposa, una mujer de ojos rasgados, cara de luna y piel de tono amarillo. En la parte inferior de la fotografía se podía leer la siguiente inscripción: «Mujer del señor Matorelli».

—*Vel!* Italianas *pleciosas*. Y con *calne* en los huesos...

—Es muy guapa —confirmó Valentina, tomando la foto de sus manos.

—Y de *Palelmo* —añadió el señor Matorelli—. Sí, italianas *pleciosas*.

Y siguió sirviendo helado hasta que llenó la copa hasta el borde. La puso delante de mí y se quedó muy callado. Así con temor la cuchara y la acerqué a la copa de helado. Sabía que todos los ojos estaban puestos en mí. Cogí al principio una pizca y me la llevé despacio a la boca. Con reticencia. Pero lo que me encontré me sor-

prendió gratamente. A pesar de que el señor Matorelli había dicho que el helado era de bourbon doble Jack Daniel's, no se parecía a nada que hubiera probado nunca. Aunque tenía que reconocer que nunca había probado el bourbon doble de Jack Daniel's, sí había probado el simple (una vez que mi madre se fue de visita y me dio por probar lo que había en nuestro mueble bar). Con timidez al principio me llevé una cucharada tras otra a la boca, hasta que terminé olvidándome de la presencia de Valentina y el señor Matorelli y sus miradas inquisitivas.

Y curiosamente, comencé a olvidarme también de otras cosas. De don Manuel y su empresa en franca decadencia. De mi puesto de trabajo aburrido y rutinario. De mis posibilidades para conseguir un puesto de trabajo que no fuera aburrido y rutinario. De mis vagos compañeros de trabajo. De que me habían despedido. Una vez más. De que un inepto batería de música *heavy* iba a sustituirme. A medida que el cremoso helado iba transmitiendo sus efectos reparadores, empecé a sentirme mucho mejor conmigo misma.

«Perder un puesto de trabajo a mi edad no es tan importante», pensé mientras tomaba otra cucharada.

«Y no olvidemos donde era el trabajo. En Jabones y Vaselinas, S. L.®»

«Ésta puede ser la oportunidad de buscar algo mucho mejor. Algo que me guste —seguí elucubrando—. Y ser sustituida por un batería de música *heavy* tampoco es tan grave. Peor sería ser sustituida por un mimo.»

Una cucharada más y me vi a mí misma trabajando en un sitio mucho mejor. Otra cucharada más y me vi en una oficina moderna y funcional, llena de empleados competentes e interesantes. Una última cucharada y un mundo lleno de oportunidades laborales se abrió ante mí. Ya casi no quedaba nada, pero estaba claro que la receta del señor Matorelli había conseguido su objetivo.

—¡Ya está! —exclamé satisfecha cuando hube rebañado hasta el último rastro de helado de la copa. Valentina y el señor Matorelli me

miraron, expectantes. Ni yo misma me lo terminaba de creer—. Todo olvidado. —Y volví a exclamar—: ¡Es usted increíble, señor Matorelli!

El heladero sonrió, satisfecho.

—No ha sido fácil. Caso complicado. Muchas *variables a tenel* en cuenta. *Pelo...* —Se aclaró la garganta—. *Tlas* mucho *pensal* yo *acoldal-me Pela Sabidulía* de abuelo Matolelli n° 1: con el canto del *gillo* al *anochevel* vino de *aloz* debes *bebel*.

Le miré sin comprender. Algo que llevaba haciendo toda la tarde.

—Sí, mujer —aclaró Valentina con una carcajada—. ¡La Perla de Sabiduría n° 1 del abuelo Matorelli! Para combatir los berridos de un cantante de música *heavy* no hay nada mejor que darle un poco a la botella.

—¡Ahhhh!

El señor Matorelli se inclinó sobre la barra con cuaderno y lápiz en mano y levantó sus espesas cejas.

—¿Entonces? Ha funcionado, ¿no? —Asentí encantada—. Cuéntame tú las sensaciones. ¿Has podido *olvidal* cantante música *heavy*?

—Sí —contesté mientras miraba cómo el señor Matorelli anotaba mis palabras—. Al principio ha sido una sensación extraña. Como si cada partícula de helado que entraba en mi cuerpo me fuera tranquilizando. Luego, no me ha hecho olvidar. Exactamente, vamos... más bien, he empezado a pensar que no todo era tan grave...

—Pensamiento positivo, entonces —interrumpió el señor Matorelli y subrayó varias veces las palabras *pensamiento* y *positivo*.

—Eso creo —continué, intentando hacer memoria de todo lo que había sentido—. Como si las cosas que me importaban y me hacían daño ya no me lo hicieran. Como si algo dentro de mí me dijera que no era tan grave y que todo esto sería para mejor. De repente, me ha invadido una sensación de alivio.

—¿Alivio de no *escuchal* música *heavy*? —inquirió él con interés.

Volví a asentir y el señor Matorelli apuntó en su cuaderno «alivio por no *escuchal* música *heavy*». Era un italiano tan chino que hasta escribiendo pronunciaba mal las erres.

—Sí, pero creo que ha sido algo más. Creo que ha sido alivio de no tener que volver a trabajar en Jabones y Vaselinas, S. L.®.

El señor Matorelli escribió en su cuaderno «*lecupela* conciencia de *tenel* *tlabajo* *abulido*» y «no *quelel* *tlabajal* más en *fábrica* *absulda*».

—Creo que eso es todo —concluí.

—Entonces, ¿ha funcionado? —preguntó Valentina—. ¿Del todo?

—Supongo —respondí, aunque lo pensé mejor y aclaré—: Aunque sólo con ese tema.

—¿A qué *lefelilte*? —El señor Matorelli soltó el bolígrafo sobre el mostrador y me miró.

—Bueno... —carraspeé—. Ya no me siento tan mal por quedarme sin trabajo. Y ni siquiera me importa que me sustituyan por un batería de música *heavy*..., pero...

Dejé la frase en suspense. Era muy difícil explicarle a un extraño que había muchas más cosas en mi vida que podían mejorarse. O cambiarse por completo. Pero había que intentarlo, ¿no?

—¿Tiene algo para combatir la influencia negativa de una madre autoritaria y chapada a la antigua? —pregunté.

—¿*Madre autolitalia*?

—Sí —añadió Valentina, perfectamente conocedora del tema al que me refería—. Autoritaria. Déspota. Posesiva. Opresora. Obsesionada por las normas. Anclada en el siglo pasado.

—Te olvidas de que también es crítica, quejica, sarcástica y que tiene muy mal carácter. ¡Ah, y que pertenece a la Cofradía del Puño Cerrado!

—La madre de Laura —explicó Valentina al señor Matorelli— es la única madre del mundo que está haciendo oposiciones para convertirse en madrastra.

—No se me había ocurrido verlo de ese modo. Pero tienes razón.

A mi madre sólo le falta un espejito mágico y un par de manzanas envenenadas. Mientras tanto se dedica a mangonearme, mandarme y amargarme.

—Y a criticarte constantemente.

—Y a criticarme constantemente. Y a decirme que no le gusta nada de lo que hago.

—Y tú le haces caso porque quieres —añadió Valentina.

—No, yo le hago caso porque es mi madre —me excusé.

—Y porque le tienes miedo.

—Dime alguien que no le tenga miedo a mi madre.

—Ésa no *sel* la cuestión —interrumpió el señor Matorelli—. Tú *sel ya mayol, podel hacel* tu *plopia* vida como *pelsona* adulta.

—Ya —suspiré—, pero mi madre tiene sus propias ideas sobre cómo he de vivir la vida adulta.

—Es verdad —agregó Valentina— Y tiene hora de llegar a casa, y su madre elige sus faldas y sus amistades, y...

—*Pelo ¡sel increíble!* —interrumpió el señor Matorelli, escandalizado—. ¿Qué edad *tenel* tú?

—Veinticuatro.

—*Veinticuatto sel* edad suficiente para *decidil* tu *plopio* camino, *pol* no *hablal* de *lopa*. —El heladero chino echó un vistazo a mi conjunto y gesticuló, contrariado. ¿Tan evidente era que no lo había elegido yo?—. *Tenel plopias* decisiones *soble* vida. —Y para reforzar su discurso, añadió—: El *milo* vuela nada más *nacel pol* si no puede *vel anochecel*.

—¿Lo ves?! —exclamó Valentina—. Deberías hacer caso a lo que te dice el señor Matorelli.

—Pero si no he entendido ni una palabra de lo que ha dicho —reconocí—. Me parece que ha dicho algo de un mirlo, pero no estoy segura.

El señor Matorelli suspiró y elevó los ojos al cielo.

—¡Ahhhhh! Juventud, juventud... Yo *hacel lefelencia* al *Pela* de *Sabidulía* de abuelo *Matolelli* n.º 2: «El *milo* vuela nada más *nacel pol* si no puede *vel anochecel*».

Estupendo. Seguía sin enterarme de nada. Miré a Valentina y levanté las cejas invitándola a que hiciera de traductora.

—Ha dicho que la vida es demasiado corta para beber mal vino.

—¡Ahhhhhhhh!

—¡Exactamente! —El señor Matorelli dio una enérgica palmada—. Vida *sel colta* para *bebel* mal vino. *Soble* todo, vino *losado*. Así que tú debes *aplovechal abola* que *sel* joven y *disflutal* tu vida. *Hablal* con tu *madle* y *decil* que *eles mayol* para *decidil*. Ella *complendel*.

Pero el señor Matorelli no se podía hacer una idea de lo tremendamente difícil que era hacer que mi madre comprendiera algo. Como, por ejemplo, por qué Mocedades no estaba en las listas de éxitos de los 40 Principales. O por qué en las revistas femeninas ya no se hablaba de hacer ejercicios todos los días mientras pasabas la mopa y sí explicaban cómo quemar calorías gracias al sexo.*

—No sé —dije, al fin—, puede que lo intente.

—Sí, tú hazlo. Y si no *podel, venil a hablal* conmigo. Yo *pensal leceta* de *gelato* pala ti.

—Gracias, señor Matorelli.

—*Sel mi tlabajo* —contestó él con una reverencia.

Valentina se levantó y recogió nuestras cosas.

—Un placer como siempre, señor Matorelli. Adiós.

—Adiós, encantada.

—*Ciao, bambinas*. —El señor Matorelli volvió a chupar el suelo con una agilidad inusitada para su edad.

Salimos de la Heladería Matorelli y Valentina me acompañó al metro. Forcé el paso. Era mucho más tarde de lo que había imaginado. A pesar de todo lo que habíamos hablado aquella tarde, a pesar

* Mi madre tampoco entendía el sexo fuera del ámbito matrimonial, el sexo por pura diversión o el sexo en general. De hecho, la fecundación in vitro era el único adelanto moderno del que se declaraba auténticamente partidaria.

de los consejos del señor Matorelli y Valentina, a pesar de que sabía que tenían razón, un único pensamiento cruzó mi mente.

Mi madre me iba a montar una buena.

Eran las nueve y media cuando llegué a casa. Introduje con cuidado la llave en la cerradura esforzándome al máximo para no hacer ningún ruido. Pero estaba condenada al fracaso desde el principio.

Pepita de Arizábal y Montes, vecina y archienemiga mortal y eterna de mi madre, estaba haciendo su turno de guardia de las 9.31 horas.

—Llegas tarde a cenar —dijo con su voz estridente a mis espaldas, provocándome un respingo.

Me volví, todavía al borde del infarto, y me llevé un dedo índice a la boca.

—¡Chisssssss! Buenas noches, Pepita —susurré—. Siento haberla molestado al agitar las llaves.

No cogió la indirecta. Pepita de Arizábal y Montes no era de ésas.

—Ya le dije a tu madre lo que pensaba de que una chica de tu clase trabajara. Siempre llegando tarde a casa y ¡con oficinas llenas de hombres! —Terminó el párrafo con un grito. Me llevé el dedo a la boca otra vez.

—¡Chisssssss!

Pero era demasiado tarde. Mi madre, que también estaba haciendo la correspondiente ronda para comprobar si había terroristas en el descansillo, abrió la puerta de casa.

—¡Laura! —rugió utilizando el tono de voz que seguramente también utilizaba el pirata Roberts cuando arrasaba un barco. «El pirata Roberts nunca deja supervivientes», y todo ese rollo. Pero su tono de voz se dulcificó inmediatamente. En concreto, en cuanto vio a Pepita en el umbral de su puerta—. ¡Laura, cariño! ¿Ya estás aquí? ¡Ah!, ¡oh!..., buenas noches, Pepita.

—Buenas noches. —Pepita inclinó la cabeza y ambas mujeres

esbozaron algo parecido a una sonrisa—. Laura llega tarde. Otra vez.

¡La de malas personas que hay en el mundo! ¡Y no veas en el barrio de Salamanca!

Abrí la boca para responder, pero mi madre me dirigió una mirada de advertencia.

—Sí, ya sabes cómo es el mundo laboral —siguió diciendo mi madre con una sonrisa forzada.

—De sobra sabes que no —se enorgulleció Pepita.

Noté cómo las orejas de mi madre comenzaban a echar humo. Pero ella nunca perdía los papeles: al menos, delante de Pepita.

—Laura es mi orgullo. ¿Sabías que en la empresa le han comunicado que dentro de poco la harán directora financiera? ¿Y que le aumentarán mucho, mucho, muchísimo el sueldo? Es lo mejor que nos podía pasar.

Aquello se estaba poniendo muy feo. Para mí, claro. Que mi madre y Pepita intercambiaran sonrisas hipócritas e insultos encubiertos en el descansillo era el pan nuestro de cada día. Que mi madre comenzase a contar trolas sobre mi trabajo (y justo el día en el que me acababan de despedir) no presagiaba nada bueno.

—¿Ah, sí?

Pepita alzó sus cejas. Su expresión expresaba incredulidad. O no. No estaba segura. De tan arrugada que estaba, había terminado por perder cualquier capacidad para expresar emociones.

—Por supuesto, ¿verdad, Laura?

Estaba en una encrucijada. Atrapada en un cruce de fuegos mortales. No tenía muchas opciones. O mentía..., o me tragaba el contenido del compartimento secreto de mi anillo. Decidí mentir:

—Sí, esto... En la empresa están contentos con mi actuación. Piensan que..., mmmm..., tengo cabeza para los números. —Miré nerviosa las baldosas del suelo para evitar que vieran mi cara enrojecida. Afortunadamente, estaban ocupadas en matarse con los ojos y ninguna de las dos se dio cuenta de mis dificultades para mantener

el control—. Bueno..., esto... —carraspeé, nerviosa—, tenemos que...

—Sí —me interrumpió mi madre—, si no te importa, Pepita, tenemos una cena familiar pendiente.

Y diciendo esto, mi madre me dejó entrar en casa. Pepita de Arizábal y Montes inició también la retirada, no sin alzar su puño amenazante dejando bien claro que aquello no había terminado allí. Pero yo tenía otros problemas mucho más graves y no concernientes a los puños de Pepita.

—Laura María Sanz Castrozábal, ¿por qué llegas a estas horas? —El tono de mi madre ya no era el tono educado y suave de hacía unos minutos. Sinceramente, hubiera preferido al pirata Roberts.

—Estaba tomando un helado con Valentina.
Sus pupilas centellearon.

—¿Un helado? ¡No me lo puedo creer! Pero ¿cuántas veces te tengo que decir que no debes comer nada entre horas? ¿Y cómo era ese helado, eh? Supongo que rico en azúcares y grasas.

Mi madre estaba más obsesionada que yo con mi figura, lo que podía alcanzar la categoría de patología.

—Era desnatado —mentí. Total, ya había entrado en la dinámica.

Pero a mi madre le daba igual si el helado era desnatado o no. Además, ella no creía en las virtudes de los productos *light*. A cambio, sí creía en el apio, en las acelgas y en todos los alimentos que no supieran a nada. Si estaban vacíos de sabor, también lo estarían de calorías, ¿no?

—Me da igual. ¿Cuántas veces te he dicho que no quiero que comas nada fuera de casa? Además, eso cuesta un dinero, y no estamos para gastos. No me puedo creer que seas tan derrochona...

—Pero mami...

Con el tratamiento cariñoso conseguí enfadarla más.

—¡Ya sabes que no consiento ese lenguaje!

—Pe... —Hice mal en insistir. Conseguí enfadarla más.

—Vete a tu cuarto —rugió—. Por esta noche ya has cenado demasiado.

Aunque era un castigo, lo agradecí profundamente. En semejantes circunstancias una cena con mi madre equivalía a atravesar un campo minado, y la noticia gorda del día podía quedar al descubierto en un abrir y cerrar de ojos. Así que no me resistí mucho más; pasé por delante de ella con la cabeza gacha y me encerré en mi dormitorio. Me tiré en la cama y procuré no darle mucha importancia a todo lo que había pasado. Pero era difícil. Me habían despedido y mis posibilidades de encontrar otro trabajo a aquellas alturas del verano no eran muchas. Y llegar a casa y encontrarme con los reproches de mi madre, sus gritos, sus miradas y su falta de comprensión no habían sido de mucha ayuda.

Pero así era ella.

Tan rígida y adusta como su propio nombre.

Norma.

Nunca antes una mujer tuvo un nombre mejor puesto. Nunca antes el manual del saber estar de Villalonga se había aplicado con tanta rigidez. Nunca antes una madre había tenido tantas papeletas para hacerse con un alto puesto en la Armada española sin pasar por el reclutamiento previo. Nunca antes Fujimori, Castro y Patton Salgado habían tenido una competencia tan feroz.

Norma Castrozábal, Norma para las amigas, mamá para mí, era una mujer algo chapada a la antigua. Por decirlo de una forma ligera. Siempre en lucha constante con el siglo en el que vivía. Si hubiera sido por ella habría detenido el tiempo en 1960, cuando el mundo, según ella, era de color pastel, las señoritas de clase alta iban a fiestas de presentación con guantes blancos, y los hombres llevaban sombrero. Desgraciadamente para ella la vida había seguido adelante. Es decir, la clase trabajadora se había convertido en clase media y las señoritas habían dejado de ser señoritas, fumaban y se sentaban con las piernas abiertas. Bueno, todas excepto yo, que vivía con ella. Mi madre era una mujer de ideas claras, agresivas estrategias y misal

preparado para responder a cualquier ataque. Una mujer de armas tomar dispuesta a cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos en la vida. Es decir:

1. Impresionar a las Presuntuosas Señoronas de Serrano.
2. Superar en todo lo que hacía a Pepita de Arizábal y Montes.
3. Y como consecuencia de las dos anteriores, casarme con un buen partido, preferentemente de rancio abolengo y profesión médico o abogado y nombre rimbombante como Borja, Beltrán o José Luis.

Como podéis imaginar, estaba condenada a fallar una y otra vez. Sobre todo en el punto en que me afectaba a mí. Si era una desgracia que mi padre muriera cuando yo sólo tenía ocho años dejándonos en una posición económica no muy boyante, peor era que su única hija, su única esperanza, hubiera nacido torpona, tímida y poco agraciada físicamente.

Pero mi madre se crecía en las adversidades.

O al menos, eso decía.

—Yo es que me crezco en las adversidades.

Así que, durante años, me obligó a caminar por el pasillo una y otra vez con el diccionario de María Moliner en la cabeza, me enseñó a tocar la pianola y me elegía cuidadosamente la ropa que tenía que ponerme. Por no hablar de las amistades. Pero con el paso de los años la pobre comenzó a darse cuenta de que no merecía la pena, que no habría atisbos de boda en el horizonte. Y menos aún, de boda de alcurnia. Y ver la decepción en los ojos de mi madre me hacía sentir como una estafa una y otra vez. Yo me esforzaba, en serio. Me esforzaba porque no quería fallarle. Sabía que mi madre había trabajado mucho, que tenía muchos sueños para mí. Pero no eran mis sueños. Porque yo tenía muchos sueños. Quizá demasiados.

Decidí no agobiarme más y cogí una revista al azar del montón

que había en el revistero. La abrí por cualquier parte y comencé a leer mientras todo a mi alrededor se desvanecía.

Es un glorioso día en la capital del mundo. En la ciudad más cosmopolita del universo...

Es un glorioso día en la capital del mundo. En la ciudad más cosmopolita del universo. Es un glorioso día de verano en Nueva York, y a pesar de lo que dicen las malas lenguas, no hace ese calor pegajoso del que tanto hablan. Al contrario, corre una fina y fresca brisa de aire y el sol ilumina esta ciudad como si se tratase del gran escenario de una película.

Laura Sanz Castrozábal mira por la ventana de su suite en el piso número ochenta y siete del Hotel Essex House y suspira emocionada al ver los árboles del Central Park. En su mente comienza a hacer planes.

«En cuanto acabe la promoción me iré a hacer *jogging* alrededor del lago. Y luego puede que me pasee por la Quinta Avenida para hacer unas cuantas compras de última hora.»

Pero todavía le quedan por delante muchas horas de trabajo. ¡Para qué amargarse! Al fin y al cabo tiene el mejor trabajo del mundo. Se conforma con que su ayudante, un guapo y eficiente sueco llamado Sven, le traiga una taza de cremoso café tras otra acompañadas de crujientes cruasanes entre periodista y periodista. Solo hay que mirarla para ver que la naturaleza la ha bendecido con uno de esos metabolismos privilegiados. Observo sus largas piernas con envidia; efectivamente, ni una gota de celulitis. Me parece ver con el rabillo del ojo que Sven tampoco le quita ojo a sus perfectos muslos.

—Disfruto mucho con el deporte —me confiesa antes de que encienda la grabadora y le dispare la primera pregunta—. Para mí ver un buen partido por la tele es uno de los grandes placeres de la vida.

Se nota que dice la verdad. Laura Sanz Castrozábal no sólo tiene unos muslos espléndidos, sino una de las figuras más envidiadas del planeta. Y hoy, la luce más que nunca con una de las últimas creaciones de Narciso Rodríguez, un sueño en blanco y negro que cae perfectamente acentuando sus esbeltas caderas.

—¿Se cuida mucho?

—La verdad es que no. Me gusta comer mucho y de todo. Afortunadamente, no suelo engordar nada. Siempre he sido así. La gente se extraña cuando les digo que suelo desayunar dos Donuts con chocolate y que a media mañana me tomo un sándwich de bacon con queso. Pero es la pura verdad.

—**Sin embargo, usted es un modelo a seguir por miles de mujeres. Todas quieren parecerse al personaje de su última película. ¿Qué les recomendaría para que estuvieran así?**

—Seguir la dieta mediterránea. Todos los doctores del mundo están de acuerdo en que es la más sana. Huevos fritos con chorizo, garbanzos, una fabada de vez en cuando, regarlo con vinito de Rioja... Cuando uno come bien se siente bien. Y eso se nota por fuera.

—**Ya..., pero para su última película se ha tenido que someter a un fuerte entrenamiento.**

—Es verdad. Fue muy duro. Mi entrenador personal quería que hiciera diez abdominales todas las mañanas, que bajara y subiera las escaleras a pie y que practicara ejercicios de muñecas constantemente. Por fortuna, logré saltarme su vigilancia un par de veces. (Se ríe con picardía.)

—**¿Cómo se ha sentido rodando a la bella seductora de *Amor total*?**

—Ha sido como un sueño hecho realidad. Yo crecí con las películas de Ava Gardner, Marilyn Monroe, Veronica Lake... Era un tipo de cine muy romántico y glamouroso. Nunca pensé que algún día llegara a interpretar un personaje que evocara mis mitos cinematográficos.

—**La crítica dice que, con usted, ha nacido un nuevo mito. Un nuevo ideal de belleza que supera en todo a las actrices que ha nombrado.**

—¡Vaya! Es muy halagador. Pero yo no soy más que una chica normal. Los obreros me dicen guarrerías por la calle, como a todas, mis ex me acosan para que vuelva con ellos y mi armario está lleno de ropa de rebajas.

—**Eso es difícil de creer. A diario la vemos en las revistas luciendo exclusivos modelos de los diseñadores más famosos.**

—Es normal... Ellos necesitan promocionarse y yo necesito ropa para mis apariciones en público. Es un acuerdo que beneficia a ambas partes.

—**Entonces, ¿le regalan la ropa?**

—La verdad es que sí.

—¿Y qué hay del amor? En *Amor total* demuestra su talento para enamorar no sólo a los diez personajes masculinos, sino también a un cartero y a un pasante de seguros. ¿Es así en su vida real?

—¡Qué va! (Sven entra en la suite con un enorme ramo de rosas rojas y lo deposita frente a nosotras. Me doy cuenta de que la habitación está llena de ellos.) Es sólo una película y en la ficción puede pasar cualquier cosa. Mi vida real es mucho más normal.

—Pero se dice que recibe a diario dos mil declaraciones por carta y que uno de los hombres más atractivos de Estados Unidos, según la revista *People*, el hombre más deseado del mundo entero, está tan enamorado de usted que hace años prometió cocinar su cerdo si usted accedía a salir con él.

—¡Pobre George! (Intenta contener la risa.) Son todo exageraciones. Además, a mí no me gusta el cerdo. Tal vez el cochinito sí, y sólo si lo sirven con patatitas asadas y en Segovia.

—Entonces, ¿no hay nadie en su corazón ahora?

—Sólo mi familia y mi profesión.

—¿Qué piensa su familia del éxito que ha conseguido en la vida?

—Mi madre está muy orgullosa. Ella dice que siempre estuvo segura de que yo iba a triunfar. Desde que era pequeña me animó a seguir mi camino y ahora es la presidenta de mi club de fans y la encargada de mantener al día mi página web. También me cocina cenas pantagruélicas cuando vuelvo a Madrid, me invita a helados y me hace los dobladillos de los pantalones.

—Nos ha dicho que la familia y el trabajo son lo más importante en su vida, pero ¿cómo logra tener tiempo libre además para llevar esa intensa vida social?

—Es cuestión de organizarse. Se alquila un helicóptero para que vayan a visitarte al lugar donde ruedas y punto. De todas formas, allá donde vaya tengo amigos. Tengo una capacidad natural para relacionarme con los demás. En todos los rodajes hago grandes amistades, con los cámaras, los fotógrafos, los extras... Salimos siempre todos juntos de copas y nos lo pasamos muy bien. Saber hacer bien una tortilla de patatas también ayuda mucho. Ustedes, los americanos, no tienen una gran cultura gastronómica y cuando se topan con alguien que cocina bien se vuelven locos.

—**Es verdad. Fue muy famosa la paella que cocinó para Steven Spielberg.**

—Ésa no fui yo. Steven se muere por mis croquetas de jamón.

Y el resto del mundo se muere por seguir disfrutando de la presencia de esta carismática mujer en las pantallas. Laura Sanz Castrozábal, la actriz ganadora de la pasada edición de los Oscar, todavía tiene mucho por mostrar al mundo. Una carrera meteórica, una belleza inigualable y la garantía de que coma lo que coma, sea Nocilla o jamón del bueno, siempre estará increíblemente delgada.